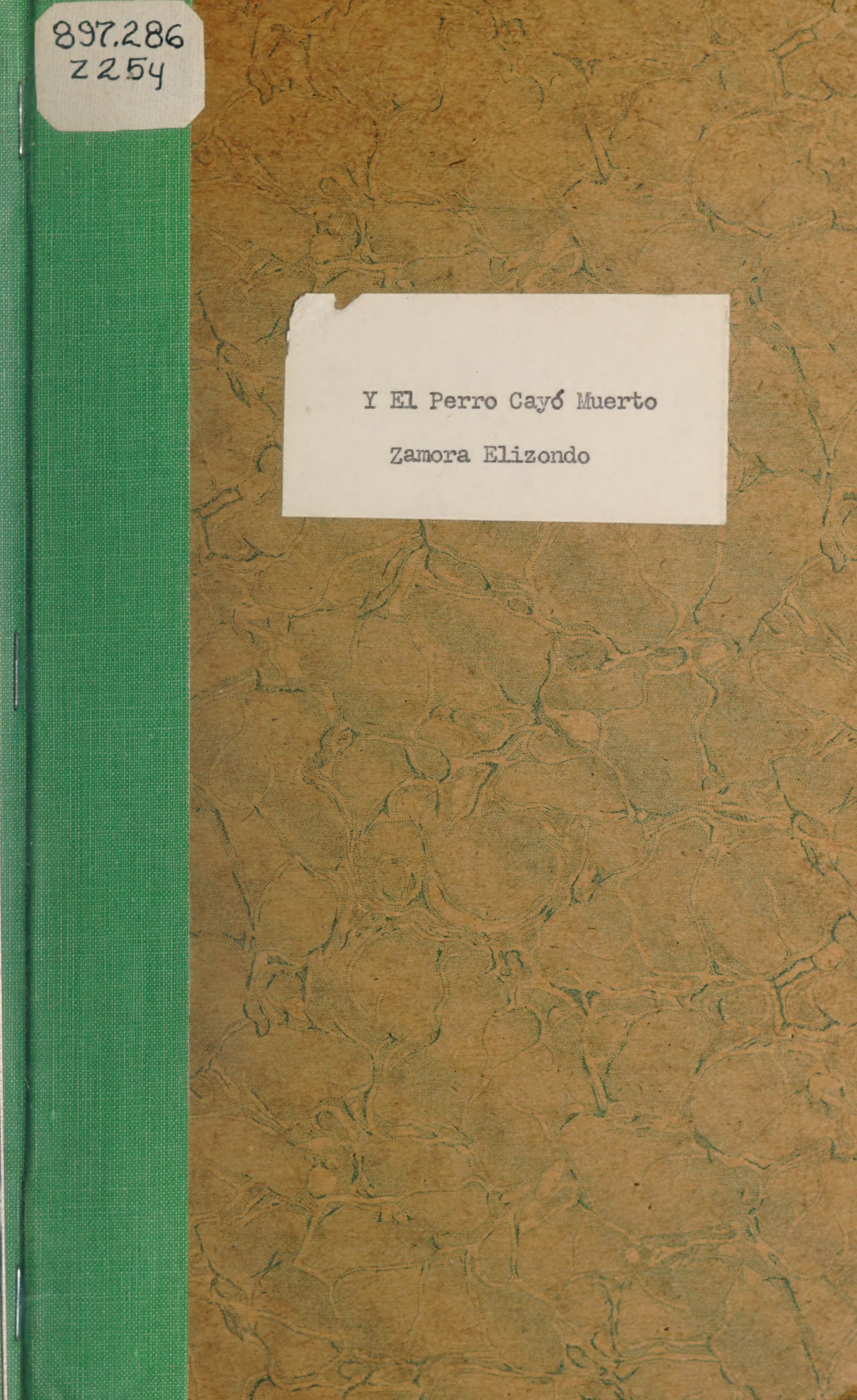


Y El Perro Cayó Muerto

Zamora Elizondo



Y EL PERRO CAYO MUERTO...

POR HERNAN ZAMORA ELIZONDO

NOVELINA PREMIADA EN LOS
JUEGOS FLORALES DE 1925



1926
IMPRENTA EL HERALDO
Cartago, C. R.

Y EL PERRO CAYÓ MUERTO...



I

A LA SOMBRA DEL ARBOL

Parecía que una prolongada fiebre hubiera marchitado el robusto cuerpo de Juan. No trabajaba, no comía, no hablaba; cruzaba por las callecillas del pequeño cercado como un sonámbulo a quien la amargura inconsciente de una pesadilla contrae las facciones tristemente. Daba lástima el muchacho. Se le veia mañana y tarde bajo el robusto *higuerón* de su solar, sobre un tronco viejo, sentado, inmóvil, mirando al suelo, y solo de cuando en cuando pasaba la callosa mano por aquella cabellera negra, lacia, despeinada, que daba a entender como un síntoma de demencia.

Cruel debía ser su herida, porque cuando a los veinte años se está triste, día tras día y noche tras noche, sin olvidar por un instante la pena, muy honda ha sido la herida, tan honda que de tajo ha cortado toda la alegría de la juventud.

Este día, como siempre, la sombra del *higuerón* prestaba refugio a Juan, cuando sin que él se diera cuenta de eso, ganó la *tranca* y el caminillo de la casuca de Juan, un anciano, blanca la cabeza y sencillo el semblante, firme aún el paso pero ya encorvado un tanto el cuerpo. Juan suspiró como un niño sorprendido.

—¿Cómo está, tata?

—Bien, muchacho, ¿y vos? Ya veo que todavía no levantás la cabeza.

Ni una palabra, ni un suspiro salió de la boca de Juan, pero aquellas mejillas que cubiertas de sudor habían puesto siempre sobre la era como un himno de vida, se plegaron para recoger una lágrima, pero los ojos no se humedecieron, se quedaron inmóviles, en una inmovilidad solemne, en una inmovilidad de firmamento.

—¡Trabajá y olvidate de tu mujer, hombre! Dijo el viejo como si fuera una congoja la que moviera su mandato, y a aquella voz respondió la de Juan airada, y conmovida, con ruido de tormenta.

—La olvidaré... la he olvidado. Para que voy a acordarme de esa mujer que no me quiere? Para qué querría yo mantener el amor que le tuve cuando ella ha buscado su amor en otro pecho? Y sobre todo, tata, una mujer que huye con otro y deja en la deshonra a su marido, a los tres meses de casada, esa mujer,... esa mujer...

—Un poco de calma!

El viejo comprendió que la palabra que venía era la suma expresión de la cólera, era como un rayo, era como el ímpetu del puñal que asesina, y la contuvo.

—Yo la he olvidado, pero hay dos cosas que no puedo olvidar: la herida que tengo en el corazón y que me duele mucho, el puñal de la cólera que me parte el pecho, y algo más: que Julia al huir se llevó consigo algo que es mío.

—Poco valdrá cualquier cosa que se haya llevado!

—Si cuando yo era niño, más todavía, si cuando yo no hubiera nacido, hubiese llegado a nuestra casa un hombre, una fiera o un demonio, todo es lo mismo, y de los brazos o del seno de mi madre me hubiera arrebatado, qué habría Ud hecho?

—Si hubiera en mis manos un arma, una piedra, cualquier cosa, le habría matado.

—Pues el seductor de Julia me robó con ella un hijo!

—Un hijo?

—Si padre, ya el anuncio que, con una dulzura que no sé explicarme, me dió Julia, había puesto la dicha y el orgullo en mi alma, cuando vino el ladrón. Verdad que debo matarle?

—Nó!

—Y cómo Ud. le habría matado?

—Yo no lo habría matado. Vos me contagias de tu desesperación. Mi alma se extremece entre mi deber de padre y la tormenta que te agita, por eso he querido que volvás a casa, porque solo tu madre será capaz de serenar tu alma; la tormenta que te abate podría abatirme a mi también y entonces ambos seríamos arrastrados por ella al abismo; el alma de tu madre no habrá ninguna tormenta que la abata porque ella está fortalecida por una fe inconmovible; ella clama a Dios y parece que la infinita fortaleza de Dios llegara como recompensa a su alma. Vamos a casa, hijo...!

—Nó, quiero seguir triste y para estar triste mejor estar aquí; esta casa es mi nido, el nido de un desventurado, el nido de un pájaro sin alas y sin canto; en ella están todas mis dichas de ayer convertidas en las tristezas de hoy. El retrato de Julia colgando en la pared de la salita, me sonreía, hace

apenas unos días, con amorosa sonrisa, hoy me sonríe, pero me sonríe con una sonrisa de desprecio, antes era yo fuerte por el amor, hoy soy inmensamente pequeño por el desprecio; en cada silla, cuando yo soñaba en la felicidad, la veía a ella reposando dulcemente mientras esperaba mi caricia, hoy la veo que reposa como la fiera que se ha hartado de sangre; y el lecho, padre, el lecho que fué para mí el asilo de la íntima confidencia, ese es hoy el mayor sarcasmo, lo que yo creí el recinto de la fidelidad es hoy, ante la realidad cruda y sangrante, el albergue del engaño y la impudicia. Yo quiero seguir aquí, en esta casa.

—Vamos, hijo...

—Y el paso por el pueblo? Me mirarán a los ojos, me mirarán con compasión, me mirarán con desprecio. Yo no salgo de aquí!

Y se tendió desesperadamente a la sombra del *higuerón*.

Un minuto de silencio hizo pavorosa aquella escena. De pronto hijo y padre sintieron conmoverse el alma. Una voz suave, más suavizada aún por el dolor, llamó desde la callecilla de la entrada: «Venga, hijo, venga...! Hace días no lo veo y para verlo he estado contemplando este retrato», mientras unas manos temblorosas, dulcemente temblorosas, alzaban por encima de las plantas una fotografía de Juan cuando era niño.

Juan apretó los puños como si extrangulara a alguien, y dió un grito feróz, en la suprema demencia.

—Mi hijo, demen mi hijo.

—Tu hijo, dijo el padre.

Y los tres, la madre retrocediendo y padre e hijo avanzando, ganaron el camino silenciosamente, despaciosamente.

II

FRUTO DE PECADO

—Nó, en ninguna parte lo he visto, he recorrido toda la finca, he ido al pueblo, he preguntado por él; es más, sabes que soy quien impone su voluntad a las autoridades de toda la provincia; mi actuación en la última campaña política vale tanto que mi deseo se impone a todo individuo revestido de autoridad; yo nombro a mi querer los mandatarios de estos pueblos; pues bien, la policía lo ha vigilado y ahora sé que de la casa en que con el vivías se ha trasladado a la de sus padres, pero nadie le ve en la calle. No temas nada. Por otro lado nunca fué temible Juan, es un hombre reflexivo...pobre Juan, pero,... el amor nos unió a nosotros; yo te quiero, te quiero mucho, te dejo que dispongas de lo mío, vives a tus

anchas, tienes lo que nunca tuviste. Y tú, verdad que me amas?

—Tanto, tanto, que he dado este paso. Me siento triste a ratos, triste porque la conciencia me remuerde. Nuestra acción es mala, muy mala. Yo amaba a Juan, pero te amé más a ti, este amor me consuela, amortigua mi remordimiento, pero a la par pesa tanto esta acción sobre mi alma... Eso mismo que me cuentas, eso mismo me está mortificando. Por qué no sale Juan? Seguramente está avergonzado y triste, y eso otro de que lo han vigilado, de que la Policía sabe dar cuenta de él...! Ah, no crees que a quienes debían vigilar es a nosotros?

—Nó, nó, esos son escrúpulos de mujercita mimada; la vida, la vida real, la vida corriente no es esa. En qué habríamos de escudarnos sino en mi riqueza, en mi poder? La tristeza de Juan pasará, pasará, no hay mal que dure cien años.

—Ni la felicidad tampoco los dura, la felicidad dura menos, mucho menos.

—Pero la tristeza de Juan es de tal modo que no durará mucho, y sobre todo, Julia, ya verás, ya verás, viviremos tan contentos, viviremos tan ricamente nosotros, que no vale la pena volver los ojos hacia atrás; para que uno goce debe haber otro que sufra. Vamos ahora a dar un paseo por el jardín.

Julia y don Mariano salieron de la rica habitación, atravesaron el pasillo y principiaron a caminar a lo largo de la callecita del jardín. Frente a una fuentecilla llena de musgo se detuvieron; el agua saltaba viva y alegre, las flores cercanas del jardín parecían sonreir cuando el viento desplegaba en sendal de bruma los chorros de la fuente. Julia no sonreía.

—Porqué continúas triste? No te basta mi cariño, no te sobra mi cuidado? La alegría de este jardín no te hace olvidar tus escrúpulos?

Julia tardó en hablar, abría los labios y las palabras no salían. Era preciso que hablara, y no podía hacerlo, intentó repetidamente lanzar las palabras y estas se agarraban a la garganta, por fin:

—Tengo que decirte algo, algo que quizás sea fatal para mí porque seguramente me hará perder tu afecto, me hará ser expulsada de esta casa, me hará.

—Cómo, tan grave pecado has cometido? Dímelo, habla.

—Pecado nó, pero, es que...

—Habla Julia, dímelo pronto.

—Mariano, Mariano... pronto seré causa y víctima de tu cólera, de la cólera del que todo lo puede. Yo... Yo... soy madre...madre de un hijo... de Juan.

—Por qué no lo dijiste antes?

—Antes? Porque el amor me tenía ciega, porque...

Mariano crugió los dientes, pero pronto se serenó, ya se arreglarían las cosas.

—No importa, dijo con cierta frialdad—yo te amaré siempre lo mismo.

Y como si obedeciera a un impulso extraño, sin decir palabra se internó pensativo por entre una avenida de pinos.

Julia cerca de la fuente quedó inmovil, y de pronto al mirar su imágen en el agua de la tasa, suspiró como si sintiera nostalgia de sí misma, de la que fué antes. Después las flores del jardín sólo oyeron un lamento: «Juan, pobre Juan», y el viento alegre y fresco como un niño que juega, desplegó los chorros del surtidor en un cendal de neblina.

III

UN DIA DE FIESTA

Los vecinos de San Blás habían despertado al estallido de los petardos, y poco después, a las cinco de la mañana, la filarmonía metía bulla en su ruidoso paseo por las calles del pueblo, seguida de una chusma de chiquillos que silvaban, bailaban, gritaban.

Frente a la casa de ñor Pascual era indispensable que la música hiciera derroche de todos sus encantos; ñor Pascual era el *mantenedor* de la fiesta del Santo Patrono. Vaya un viejo espléndido! Ocho días tenían los bueyes de no descansar, trayendo cajas de refrescos y cerveza Traube, barrilitos de ron, y, para alegría del vecindario, todo el suntuoso juego de pólvora, con una docena de figuras grandes y llenas de cachiflines, seis ruedinas y la mar de cohetes de luces. Mamá Basilia sudaba lacre, no era tarea fácil aquella de amasar el pan para tanto invitado, alistar la comilona para el cura y buscar el mantel más grande para cubrir la mesa que habría de ser digna de la fantasía y orgullo de ñor Pascual.

—Mirá, Basilia, los mantelillos que tenés ya están medio *veraguados*, mejor andá a la tienda y comprás uno nuevo; qué *carasta*, por plata no lo hagás.—Y sacaba el pecho y alzaba la cabeza ya blanquecina con ademán de gallo que canta.

—Para qué gastar más, Pascual, si todavía el que compramos para la fiesta del Corpus está bueno.

—Pues bien, la cosa es que no me hagás quedar mal por esas miserias; y ve si hay trastos, cuidado me vas a salir como el otro año con platos de lata. Comprá de todo, que los cuatro reales que tengo son para gastarlos.

La casa de ñor Pascual era un constante trajín; cuanto más se gastaba y más trabajo daba aquella fiesta, más alegre y más entusiasmado estaba el viejo.

Serían las ocho cuando sonó la campana llamando a

misa. El corazón de ñor Pascual palpitó de gozo. Aquella misa metería bulla en todas partes y sería la envidia de todos los mantenedores. El mejor quinteto de la ciudad estaba allí ya listo en el coro y el sermón sería de Fr. Nicolás, un capuchino ilustrado y que conmovía a la gente de lo lindo. No fué la primera vez que del templo salían las piadosas viejecitas llorando amargamente por sus culpas, meditando en la misericordia de Dios, en lo inesperado de la muerte.

Ñor Pascual se dirigió a la sala, tomó su sombrero de pita recién limpiado, y muy ufano, con su chaqueta azul y sus pantalones de casimir lucidos sólo en Corpus, Viernes Santo y dia de San Blas, atravesó la calle barrialosa a saltitos para no salpicar de lodo el calzado brillante. Bastante trabajo le costó la víspera quitarle a los zapatos aquel barro pegajoso y dele que le das grasa hasta que quedaran como espejos. Al llegar al otro lado de la calle, un trotar rítmico llamó su atención y al mirar a elegante jinete sobre briosa cabalgadura y a amazona gentil sobre elegante bestia, lanzó un suspiro de asombro.

—Mi amigo don Mariano! Ud. por acá!. Creí que no vendría, qué bueno es Ud., qué generoso, tan sin orgullo. Y saludó a la compañera con un ademán sencillo y temeroso.

—Hombre, le prometí venir, y además quería traer a Julia. Julia, es don Pascual de quien le he hablado tanto.

—A sus órdenes señora, para servirla a Ud. Pascual Soto, su sirviente.

La compañera sonrió, queriendo agasajar al bondadoso mantenedor.

La campana sonó de nuevo.

—Vengan, vengan Uds; dejen por acá las bestias y vamos a misa; he traído gran orquesta y va a predicar Fray Nicolás.

—Pero hombre, don Pascual, a buena cosa nos va Ud. a llevar. Nó, vayan Uds. yo mejor me quedo aquí en su casa descansando un poco, me gusta poco el olor del incienso y me gustan menos las sotanas.

—Um...! qué descreído. Vamos conmigo, señora.

—Bueno, vamos, lo malo es este vestido de montar, pero en fin, vamos. Y más ufano aún, iba el viejecillo junto a Julia. Ella estaba elegante y hermosa como flor recién abierta. Parecía que ya su conciencia sólo le dijera: Goza y disfruta de tu nueva vida, el mundo es así, para que uno goce debe sufrir otro, pero ahora no había otro para ella, era ella sola, elegante, ricamente vestida, atendida amablemente, con humildes y fieles servidores a la orden, y sobre todo amada, si... amada... así lo creía, así lo soñaba.

—Va Ud. a oir qué sermón, no es porque yo trajera a Fray Nicolás, pero lo va Ud. a oir.

—Ya he oído su fama, se ve que Ud. escoge lo mejor, a mi me gustan los hombres así, lo que es Mariano es lo mismo, la mejor bestia, el mejor vestido, la mejor casa, la comida espléndida, eso es lo que le gusta, y no se anda con cosas.

Habían llegado a la puerta de la Iglesia cercana. La inesperada visita había retenido a ñor Pascual mas de la cuenta en casa, y ya la procesión estaba lista, sólo faltaba ñor Pascual. El sacristán que sostenía el guión inclinó la cabeza a la presencia del mantenedor quien tomó en sus manos el estandarte con un aire de emperador, mientras entregaba su sombrero al sacristán, el cual, después de tomarlo, sacó del bolsillo un pañuelo azul con flores blancas, y con un esmero de artífice cubrió el ala del pita tomándolo esmeradamente entre el pulgar y el índice.

La ceremonia se prolongó hasta las diez, y todo el pueblo de San Blas reunido allí, se dió cuenta de la suntuosidad de ñor Pascual, repetida todos los años y cada vez mayor; música, cánticos, adornos, sermón, todo fué admirable, todo fué magnífico.

En tanto allá en la casa del mantenedor estaba ña Basilia que no cabía, atendiendo a don Mariano.

La viejecilla amaba a don Mariano con cierto respeto; de casa de los padres de éste cuando él era un niño, la sacó ñor Pascual para llevarla a la Iglesia; ella había arrullado la cuna de este caballero, ella había alistado el biberón, ella había lavado sus pañales, y todo eso la llenaba de regocijo ahora que veía a su chiquitín de entonces, hecho un respetable finquero, un caballero por todos agasajado, y por todos atendido. Pero había algo que mortificaba a ña Basilia: don Mariano estaba pensativo, estaba triste, estaba mal humorado. Mamá Basilia no estaba contenta, qué molestaría a don Mariano?

—Don Mariano, cuidado con el viento. Don Mariano quiere tomar café! Don Mariano tome este otro asiento.

Y don Mariano a todo decía que nó y a todo se negaba. Qué le pasaría? Y por más que cabilaba la viejecilla no encontraba motivo para enojo y más se acongojaba. Era algo de alarmarse: don Mariano estaba cabizbajo, estaba triste!

IV

Y LA PASION MURIO

Por fin Mamá Basilia quiso cambiar de conversación, para sacar a don Mariano de sus meditaciones, y con el cambio puso precisamente el dedo en el renglón.

—Don Mariano, y quien es esa joven que anda con Ud?

Don Mariano alzó los ojos y su gesto decía que no deseaba contestar, pero al fin:

—Es Julia.

—Julia, qué? Cuál Julia?

—Es una muchacha que anda conmigo.

—Um...

—Es... Voy a contarle, mamá Basilia, voy a contarle porque a Ud. se lo puedo contar y Ud. puede ayudarme a desatar un nudo gordiano. La muchacha es guapa, ella vivía en mi finca «La Dalia» con su esposo, me gustó y me la traje...!

—Hijo de Dios!

—Pero no es eso lo grave, eso es muy corriente. A los días de estar conmigo me dijo que era madre, yo creí que eso era un simple presentimiento pero ahora estoy convencido de que es cierto; ella era madre al venirse conmigo; y ahora ha llegado esta muchacha a inquietarme, a incomodarme, a... si, a estorbarme.

—No la quiere Ud, don Mariano? No la quiere? No la quiere y anda paseando con ella!

—No es que no la quiera, es que... me estorba.

—Y le estorba y pasea con ella...?

Mamá Basilia, Mamá Basilia, oiga, paseo con ella a caballo, y en un caballo no muy suave, para... para... ver si deja de ser madre.

Ña Basilia no pudo contestar nada; no pudo. Su rostro se encendió, sus manos temblaron. Aquellas manos que, muellemente habían mecido el cuerpecito de Mariano, niño inocente y encantador, mecían ahora una angustia, un pesar; temblaban como antes en suave balanceo, pero antes las movía la presencia de un amor y hoy la de un crimen.

Manos las de ña Basilia, pensaría ella misma, manos temblorosas, por qué no fuísteis débiles cuando temblábais a la presencia de un amor y en el balcón os abrísteis dejando caer al niño que mecíais?

Después de un minuto de profundo, de tremendo, de acusador silencio, ña Basilia dijo, más bien sollozó:

—No recuerda Ud. los diez mandamientos? No recuerda Ud. que su mamá se los enseñaba, cuando metidito en la cama se alistaba Ud. para dormir? No se acuerda Ud.?

—Nó, no me acuerdo de nada; no me recuerde nada, mamá Basilia.

—Sólo dos mandamientos quiero recordarle: «No matarás», «no desearás la mujer de tu prójimo».

Los dos meditaron, los dos enmudecieron; la campana de la torre vino a traerlos de nuevo al mundo real: estaban alzando.

—María Santísima, ya alzan y la cosa aquí anda a medio palo, dijo ña Basilia,—perdóneme un momento. Muchachas, muchachas, ya están alzando; abrevien.—Y en un trotecito lento y pausado se internó por el comedor adornado con uruca y flores de papel.

Don Mariano seguía mudo, inmóvil; parecía que las palabras de mamá Basilia lo hubieran petrificado. Pensaba, pensaba, quién sabe en qué pensaba! A veces es mejor que el pensamiento se apague porque es una llamarada que devora.

Ñor Pascual y Julia habían llegado a la puerta sin que en su abstracción se diera cuenta de eso don Mariano, y antes de que una palabra lo sacara de su ensimismamiento, se lanzó Julia sobre él, corriendito, y le dió un beso.

Ñor Pascual casi suspira; suspiró con los ojos.

—En qué estaba pensando, don Mariano? Lo ha asustado la niña!—dijo el gamonal, y una risotada franca e inocente llenó la sala de alegría y a través del comedor enflorado se oyó la voz de ñor Pascual:

—Basilia, Basilia, andá alistándolo todo, tata Cura ya viene. Abreviate que tengo hambre. Vieras qué sermón; vieras qué música!

Comenzó entonces un ir y venir de mujeres afanosas, a las cuales no se les quedaba atrás ñor Pascual. El revisaba la mesa, él templaba el mantel, él miraba la casa de arriba a abajo y probaba la firmeza de los asientos.

—Hombre, Lico, hombre, gritó el gamonal; siempre hay algo malo. Carambas! No ves que este butaco es el renco?

Del interior de la cocina llegó Lico, un muchacho, moreno, de unos dieciocho años, un algo tartamudo, con su camiseta de manta nueva y su pantalón de dril; era el mejor de los servidores de ñor Pascual, como que, recogido por éste chiquitillo no más al quedar huérfano, se había habituado a ver la suya en aquella casa.

—Mirá, Lico, como ponés este butaco y no ves que ese es el lugar de tata Cura, bien hubiéramos quedado con que se fuera patas arriba.

—Es que no hay más.

—Carambas! Tanto decirlo: que no falte nada... que no falte nada. Ayer se podían haber hecho unos taburetes, ya sabés que no me duele gastar la plata bien gastada. Conseguite un asiento Lico, pero corré.

Entre tanto en la sala dialogaban don Mariano y Julia.

—Pero, por qué tan triste?

—No sé.

—He hecho algo malo?

—Nó!

—Vamos a pasear, salgamos de aquí; vamos... si prefieres a nuestra casa.

—Aquí estoy bien, gracias.

—Pero, nunca has sido así, me pones triste, será que comienzo a fastidiarte?

Un suspiro contestó. Contestó qué? Aquellas dos almas lo comprendieron, aquellas dos almas se hablaron después largamente, intensamente, mientras los labios callaron. Ambas estaban contemplando la realidad desnuda, estaban en presencia del cadáver de una ilusión funesta y veían toda la intensidad de su pecado.

Una pasión, una pasión brutal los había puesto en contacto a ambos, los había hecho conspirar contra la virtud, contra la felicidad, contra todo, pero como la pasión que a veces remeda un sentimiento noble, un amor sincero, se disipa al satisfacerse, como el pomo de perfumes al destaparse, ya entre aquellas dos almas no había más lazo que la común congoja. Ahora abrían los ojos, ahora lo comprendían todo.

Y mientras pasaban como espectros por la mente de don Mariano los dos mandamientos que le recordara Mamá Basilia, por la mente de Julia sólo pasaba un nombre: «Juan». Y el nombre de Juan estaba envuelto en un reflejo de oro; y al extinguirse la pasión que con felinas zarpas aprisionara, desgarrara al verdadero amor, al extinguirse harta de lujuria, el liberto amor surgía de nuevo y agitaba sus alas tenues en el alma de Julia. Ah! Pero ya su vuelo era imposible, las garras lo habían transportado al vacío, y las alas se agitaban en vano.

V

LA ESCOPETA AL HOMBRO

Y Juan? Ved allá en la falda de la colina azul, ved algo como un nido, ved una columnita de humo que en espiral asciende temblorosamente, ved allá, rodeando la casita, el pequeño cercado, ved qué paz parece reinar allí. Bien fuera este el refugio cantado por Fray Luis. Acercaos: aquí está la *chayotera* frondosa, junto a ella el alto aguacate, en donde, tarde a tarde, buscan asilo para la noche las gallinas de ña Juana; al frente la *veranera* encarnada da su nutrida sombra; en el fondo un pequeño sembrado de café y aquí el *pilón* para sacar el grano, y allí, junto a todo, la casita a que llegaron, doña Juana retrocediendo, ñor Ramón avanzando absorto y el triste hijo, el afligido Juan, caminando lentamente, con los ojos clavados en el retrato y con la conciencia fija en aquella tremenda obcecación: «Mi hijo, denme mi hijo».

Allí había dolor ciertamente, allí una congoja maltrataba los corazones, pero aquel era el dolor del justo, el dolor

tranquilo de la víctima, y a pesar de todo, junto a la dolorosa aflicción, había paz. Bien decía ña Juana: «Calma, resignación, que el Señor está con nosotros.»

Sencilla era aquella vida, pobre era aquella vida, pero así sencilla y pobre, tenía sus encantos, y sobre todo tenía ese dulce acomodo a la existencia que como altísima virtud ostentan los honrados obreros. Allí no se ambicionó jamás sino lo que Dios manda, allí no hubo sedas, allí no se conoció la joya, allí no se probó el manjar costoso, pero allí amasado con sudor de cuerpos sanos, jamás faltó el pan de cada día, y casi siempre hubo para alguna limosna; allí no llegaba el faustuoso amigo de los grandes obsequios, pero allí sencillo y bueno, tirado en el umbral, el heroico lebrel era el centinela constante, el amigo de siempre, el compañero fiel. Allí faltaba la elegante carroza, pero la rústica carreta tirada por los bueyes pacientes, era cómoda a las exigencias de ña Juana; allí no encendió la electricidad prisionera en el cobre la telaraña ignicente de la bombilla, pero la luna sí encendió su lumbre sobre los campos regando pródiga la plata de su resplandeciente nimbo, y entrándose silenciosa, en las noches tranquilas a la apacible casuca.

Juan iba recobrando su vigor, toda aquella lexitud de los primeros días la fué ahuyentando ña Juana poco a poco, y ahora Juan, sin querer salir al pueblo todavía, dedicaba sus horas a reparar la casuca paternal, la carreta, la cerca del fundo solariego, y parecía que el sudor de su frente la fuera despejando de aquel tremendo surco de congoja que el dolor trazara en ella; eso sí, había aun en el alma del muchacho una constante obcecación, una idea fija, una idea lacerante: el hijo, aquel anuncio que Julia diera poco antes de caer sobre ella la garra del potentado.

En los ratos de ocio, Juan que ahora no quería dejar quieto el cuerpo, temeroso de esas profundas meditaciones de las horas tranquilas, se dedicaba a la caza.

Y por ahí iba, a lo largo del senderillo que llega a la montaña, con la escopeta al hombro, atisbando sigiloso. Tras él, el perro olfateando en cada huella, en cada tronco, en cada agujero, ya se internaba en la maleza, ya volvía, ya corría a lo largo del sendero moviendo la cola en un vaivén de serpiente y contorsionando el cuerpo.

En poco tiempo hízose aquello un hábito en Juan, no obstante el disgusto y recelo que ña Juana mostraba por la escopeta.

—Me da miedo esa arma, decía ña Juana.—Juan parece estar calmado pero si un día se encuentra con ese hombre y anda con la escopeta...

—No, contestaba ñor Ramón.—Juan no es malo; Juan sabe lo que hace.

Y Juan seguía cazando para no dejar quieto el cuerpo y en reposo el espíritu.

Un dia Juan atravesaba absorto la montaña; de pronto un ruido de hojas secas lo puso en acecho, el lebrel alzó la testa y escuchó en una quietud de estatua; de pronto, trás la fronda apareció un hombre, un hombre de la misma edad de Juan, que con él se había sentado en la escuela, en el mismo pupitre.

—Hola, Chico!

—Hola, Juan! En qué andás?

—Cazando, y vos?

—Yo buscando una fregada novilla de raza, que se ha perdido hace días de la finca de don Mariano, y he tenido que venir a dar hasta aquí.

—Don Mariano? y vos... trabajás allí?

—Sí, desde que me casé me vine a trabajar con él porque dá mejor sueldo.

—Desde que te casaste! No trabajés allí.

—Adió, allí la paso muy a gusto; el patrón nunca viene y el administrador es muy bueno.

—Entonces... nunca viene el patrón? Y a dónde está?

—En la otra finca, en la de San Blàs; dicen que allí vive hace unos meses con una muchacha.

El rostro de Juan volvió a tomar el mismo aspecto tétrico que tenía cuando ñor Ramón lo encontró a la sombra del árbol de la casuca conyugal. Tan brusco fué el cambio que Chico se dió cuenta de él.

—Pero hombre, qué te pasa?

—Que, qué me pasa? Pues qué, vos no sabés? Esa muchacha que vive con tu patrón es Julia, Julia... mi... mi esposa...

Y el llanto infló aquel pecho joven y robusto.

—Es Julia, es mi esposa... Eso nada tendría, yo no la quiero, pero Julia llevaba un hijo mío... un hijo... que... no podré conocer, que no podré besar, un hijo que es mío y no será mío.

—Hombre, no llorés. Todo tiene remedio. Por qué no te traes de nuevo a tu mujer?

—A Julia? Nó. Yo quiero traerme a mi hijito.

—Pero trayéndola a ella lo traes a él.

—No la soltará ese hombre... ese hombre...!

Y miró la escopeta, acariciándola con la mirada casi amorosa.

—Mirá, Juan: nosotros fuimos compañeros de escuela, y a pesar de que hace tiempo no nos vemos, yo te quiero. Voy a contarte: el otro día fuí a la finca de San Blas a dejar una potranca, y allí se decía entre los peones que Julia estaba triste; parece que al principio don Mariano le dió cuanto tenía, pero que cuando la vió interesante la separó de su

lado, la despidió de la casa grande en que él vive y la mandó a otra casita de la hacienda; y allí me contaron que ya tenía un chiquito.

Juan cruzó los brazos hacia atrás y, dedo a dedo, fué contando hasta nueve.

—Mi hijo...! Tiene un chiquito?, y repasaba de nuevo los dedos hasta nueve. Sí, es mi hijo. Tu patrón es un bandido. La ha abandonado, y... mi hijito?

Y volvió a acariciar con la mano y con la mirada la escopeta de cañón reluciente.

En un viejo tronco cubierto de musgo añoso, carcomido y suavizado por el tiempo, encontró la tarde a Juan, sentado, triste, pensativo, como lo había encontrado ñor Ramón a la sombra del árbol de la casita cónyuga.

El sol ya en el ocaso metió un rayo purpúreo por entre los troncos e hirió los ojos de Juan. Juan volvió en sí, y ya tarde a lo largo del senderillo que viene de la montaña, tornó a la paterna casa con un andar cansino y la escopeta al hombro.

VI

UNA ILUSION Y UNA LAGRIMA

Un llanto chillón llenó la pequeña estancia y la obstétrica dijo: «Un hombre».

Era un robusto niño, un niño precioso y era, sobre todo, el primer fruto de amor, la primera ilusión maternal de Julia. Era la primera vez que Julia se sentía trasmitida más allá de ella misma en esa interminable cadena en que cada eslabón, instrumento del amor, se va dando bondadosamente al porvenir...

Cuando la obstétrica, ya bañadito y todo, presentó el niño a la madre, ésta lo miró con absortos ojos, con ojos ávidos, lo pidió para acurrucarlo dulcemente a su lado, y lloró, lloró de gozo según la compañera, pero nó, ella sabía que lloraba una congoja: el niño era el retrato de Juan y aparecía ante la nueva madre aquel obrero bondadoso, con sus dulces ojos negros, aquel trabajador incansable que abismado en el cariño de su esposa, no vió que lentamente se alejaba de su corazón la amada.

Había en el alma de Julia, algo así como uno de esos minutos de transición en que la tarde con delicadeza infinita junta el día con la sombra, había en aquella alma un gozo intenso que era un rayo de sol, pero había un dolor que era una sombra profunda.

En esta alma apareció Juan, humilde y pobre, amante y laborioso; apareció la casita encalada, la cama de madera

casi sin pulir, la ropa de zaraza sencilla, el alimento frugal, toda aquella vida pobre, toda aquella vida de labriega sencilla, llena de paz, llena de amor, y apareció también la vida suntuosa de ha poco tiempo, la vida de derroche, la vida opulenta pero en la cual se rumia un dolor constante y se lleva a cuestas el peso de un remordimiento, y en aquel instante, Julia sintió en el alma una mano sedosa que acariciaba a Juan y una garra hirsuta que despedazaba a don Mariano. Oh! la vida sencilla, la vida de paz, qué grande es en esta ruta eterna de la humana carrera!

Se había deshecho el endeble castillo que creara la loca fantasía sobre los escombros del amor y la virtud, y es que al fin la obra del mal se desmorona para hundir a sus autores en el montón de sus propias ruinas.

El chiquitín dormía, y ante aquel sueño de ángel, el corazón de Julia se sentía herido. La paz de aquella criatura era como la luz que alumbraba el abismo que Julia había abierto en su propia conciencia, y ahora, allí, como bajo un sol de medio día, miraba como a un monstruo, todo su pecado. Pocas cosas hay que inviten tanto a ser bueno como la presencia de un niño; por eso las madres son buenas; un niño que duerme o que sonríe, es un alma blanca, sin mácula, que reposa o que aletea. Había allí en aquella estancia, un contraste mortificante: estaba allí el alma tranquila a fuerza de inocencia y el alma torturada por su propia funesta debilidad. Cómo reparar aquella tremenda falta? pensaba Julia. Ella amaba ahora a Juan más que nunca, pero Juan debía odiarla. Cómo conservar aquel hijito sin padre, qué le diría ella, cuando ya crecidito, preguntara por papá? seguía meditando la desdichada madre, y cada pensamiento era como una garra que, llena de perfidia abría más y más la herida. Y Julia lloraba, lloraba mucho.

***

Serían las once cuando unos pasos inesperados atravesaron la primera estancia de la casa de Julia, ella sorprendida alzó los ojos que se habían inmovilizado sobre el tierno cuerpecito del pequeño, y vió ya en la puerta del dormitorio, a ña Basilia.

—Ña Basilia, me cae como del cielo. Entre, entre; venga vea que hermoso el chiquitillo.

—Apenas me avisaron quise venir a verlo. Que hermosura de chiquillo, es precioso. Que cosa más linda!

—Y eso, quién le avisó?

—Don Mariano, de paso por San Blas, me dió la noticia.

—Para dónde iría?

—No me dijo, y Ud. no sabe dónde anda?

—No señora, no sé.

—Qué raro... y entonces...?

—Desde poco después de nuestro paseo a donde Uds., vivimos como dos desconocidos, él no se mete conmigo para nada. Viera cómo he vivido de triste en esta casa; se me dá todo, es cierto, pero se me dá de limosna.

Dos lágrimas asomaron en los ojos de Julia.

—Ud. dió un mal paso y... Pero ahora no debe Ud. llorar, no piense en eso; he venido apenas tuve la noticia, porque después que Ud. estuvo en casa la he querido... y... me gustaría que se arreglaran las cosas. No cree Ud. que si Juan viera al chiquito...?

—Quién sabe! Yo en mi confusión, en mi tormento, en mi maldad no he vuelto a saber nada de él.

—No sabe a dónde vive?

—No, ña Basilia, no sé.

—Es que yo querría verlo; es que, el día de la fiesta, don Mariano me lo contó todo; a mí hasta que me dió miedo... cuando supe el nacimiento del chiquito me alegré mucho porque don Mariano no pudo salir con las suyas.

—Con las suyas...? Con...?—Pero Julia no insistió, había adivinado y las garras que sentía en su alma se afilaban más aún. Ña Basilia prosiguió:

—Después del almuerzo, yo se lo dije todo a Fray Nicolás y él me dijo que hiciera lo posible por volverla a Ud. al buen camino. A dónde estará Juan?

—Talvez con sus papás, en *Potrerillos*, cerca de San Cristóbal. Ah, ña Basilia, hay caminos que se pierden para no encontrarse nunca. Yo busco el buen camino, pero no lo encuentro. Ud. cree que Juan...? El es muy bueno, pero es muy grande mi pecado...

Y lloraba Julia, lloraba tristemente mientras la buena de mamá Basilia la consolaba.

—Déjese de llantos, hija, ya verá que todo se arregla, ya verá este chiquito, este chiquito... Vamos a ver cómo vuelve Ud. al buen camino; Ud. lo busca y el que busca encuentra. Cálmese, cálmese. Ud. está arrepentida de su falta, ahora pídale a Dios que remedie sus males y verá Ud.

Cuando salió de la casa ña Basilia, Julia sentía en el alma un renacer de esperanzas, y cuando ya a solas contempló a su tierno hijito que dormia quietamente, dió un suspiro y pensó en la dulce paz en que viven las almas de los justos, y se dijo: «Si fueras tú, hijito mio, el que ha de salvarme!»

VII

LO INESPERADO

Ña Juana se frotaba las manos y mostraba una cara de dolorosa sorpresa, mientras ñor Ramón gesticulaba acalorado y, poniendo sordina a su cascada voz, decía:

—Carambas, sos buena para sacarme de un apuro... yo no se lo digo...

—Pues yo tampoco. *Adió*; decíselo vos, entre hombres se entienden mejor las cosas.

—Carambas, y ese muchacho, y este Juan con eso que ha cogido ahora de irse a cazar todos los días; si él estuviera aquí ya se habría arreglado todo. Y en un ímpetu salió de la ahumada cocina en que hablaba con su esposa, atravesó con paso tardo la pieza siguiente, y casi tembloroso, pero haciendo un esfuerzo por mantenerse tranquilo, entró de nuevo a la primera estancia, mitad sala de recibo, mitad dormitorio. Allí estaba un anciano, un hombre descuidado en sus vestidos, barrialosos los pies, sudoroso el rostro.

—*Caramba*, Ramón, sabe que ha sido larga mi jornada. Me ha costado dar con Ud. Pero dígame, a dónde viven Juan y Julia?

—Viven... en... No, Juan no tarda, ya viene; ese muchacho! Este Juan! Hacía ya su tiempo no lo veíamos...!

—Desde que se casaron los muchachos. Ya hace su tiempo. He rodado por todos lados. Pobrecita Julia, yo con mis parrandas y mi *bebedera* ni me he acordado de escribirle, pero desde hace días me entraron ganas de verla. Dígame, no tienen familia todavía?

—...Si... es decir... Espérese que venga Juan. Un momentito, ahorita viene... Perdóneme voy a adentro un momento.

—Si, hombre, no se preocupe.

Y volvió a la cocina ñor Ramón en que ña Juana *atizaba* el fuego y seguía frotándose las manos.

—Esto es una *baina*, dijo el buen viejo, yo no sé qué decirle, salí vos. Mira Juana, alistale una taza de café, pero salí y hablale algo... *Caramba*, esto es una *baina*.

Mientras tanto el recién llegado había dejado su asiento y se paseaba de una parte a otra, examinándolo todo: la estampa del Corazón de Jesús, una página de *El Heraldo Seràfico* que ña Juana había plantado en la pared para tener siempre allí el himno a la Virgen de los Angeles de don Eladio Prado, una bombilla de luz incandecente ya deteriorada llena de un líquido color de púrpura, cuidadosamente colocada sobre una huevera; la vieja cama de cedro, el cofre con

las iniciales de los esposos, talladas en la tapa, el reloj despertador sobre un cajón cubierto de papel de tapizar, a modo de carpeta. Todo lo escudriñó el visitante inesperado, mientras que la conyugal pareja, se deshacía de pensar, en la cocina, cómo salir de aquel apuro.

—Se me está metiendo mala espina, monologaba el visitante, ¿qué diablos pasa? Aquí pasa algo. ¿A dónde vive Juan? nadie me lo dice. Ese entrar y salir de Ramón... la ausencia de Juana... ¿Qué diantres es esto?

—Ya voy, Felipe, gritó desde la cocina ñor Ramón y siguió convenciendo a su consorte de que debía salir a explicarle todo a Felipe.

Y Juan no parecía.

Ya aquello se hacía congojoso. Ñor Ramón hizo una nueva aparición en la sala.

—Perdone que lo haya dejado solo; es que...

—No tenga cuidado.

—Qué diantres se habrá hecho Juan? Ya son las diez y él nunca llega tarde. Vea, casi nunca sale por la mañana y hoy desde las cinco cogió la escopeta y se echó al monte.

—Entonces, están aquí?

—Pues Juan... sí... sí están aquí.

—Y Julia, se fué con Juan?

—Sí... No... Sí, como que anda con Juan.

—Vea, Ramón, algo pasa aquí, què es la cosa, déjese de *bainas* y dígamelo.

—Si, Felipe, en eso hemos estado, es que no queríamos, ni Juana ni yo, decirle a Ud. lo que ha pasado.

—Qué ha sucedido?... Murió Julia?

—No, Felipe... se... se huyó, con otro hombre.

—Julia, mi hija... la hija de aquella santa, Rosalía, que a pesar de mis parrandas y del mal guaro que me gasto, siempre fue la misma, siempre buena; Julia!...

Ñor Ramón le refirió lo sucedido a Ñor Felipe, el cual entre lágrimas, oía toda la desventurada historia. Cuando hubo oído todo, dijo ñor Felipe:

=Se me *aza* la cara de vergüenza... pobre Juan... tan buen muchacho. Ay, Julia, hija mía! A dónde estarás? Ay Ramón, si yo hubiera estado aquí... pero hombre, si es que yo tengo la culpa; es que... Una vez me lo dijo un amigo de la ciudad, un profesor de un colegio: «Deje de beber, hombre, Ud. se envenena y envenena a sus hijos, y si se murieran ellos, menos malo, es que Ud. lo que les da es la herencia de un vicio... resultarán almas malas». Ramón, Ramón, maldito guaro... Llámeme a Juan. Dónde está Juan?

—No debe tardar, siempre llega temprano; cálmese un poco.

—Ramón, ya!—Se oyó la voz de ña Juana.

—Venga, Felipe, nos llama Juana, venga tómese un poquito de café.

—Nó, nó, muchas gracias... Lo hubiera yo sabido para echarme en uno de esos barrancos por donde he pasado...

—Venga, hombre, venga.

Y los dos padres, abrazados, caminaron hasta el interior de la casa. Ña Juana estaba en la cocina, pálida y temblorosa; ya había oído las exclamaciones de ñor Felipe. Ya había estallado la bomba. Cuando ñor Felipe se encontró con ella dijo:

—Mire Ud. qué desgracia, Juana... Mire qué Julia más loca... Búsquenme a Juan; pobre Juan...

La anciana con la punta del delantal a cuadros rojos y azules, se enjugó los ojos y no respondió.

—Venga siéntese, dijo ñor Ramón. Aquí, aquí, ese taburete es muy duro, siéntese en éste.—Y ña Juana con el mismo espero y con el mismo delantal que se enjugó los ojos, limpió la banca para que la ocupara ñor Felipe.

El café humeaba sobre la mesa; un jarro con un jardín completo labrado en alto relieve, y en un plato no menos floreado, unas empanadas de biscocho y unos trocitos de pan francés esperaban a algún buen apetito. Hubo unos instantes de inquietante silencio.

—Se le enfría el café, tómelo; Ud. viene cansado, dijo al fin ñor Ramón.

—Sí, sí, tómelo, está muy feo, pero Ud. debe querer algo, tómelo, añadió ña Juana.

Tomó Felipe dos tragos y masticando un bocado de pan, se abismó largo rato. Ya nadie hablaba; todos se sentían como de plomo. Nadie sabía qué hacer; de cuando en cuando un suspiro rompía aquella quietud. No se atrevían ni a mirarse de frente, todos los ojos estaban fijos en el suelo, todos los labios mudos, todos los corazones palpitantes. Era aquella espera, dolorosa, casi terrible; y Juan no llegaba. Ya ña Juana comenzaba a echarse encima este otro peso.

—Ramón, qué será que no vuelve Juan?

—. . . . . .

—Me da miedo cuando tarda mucho...; esa escopeta que es mi pecado mortal.

—Pronto llegará, dijo ñor Ramón no sin comenzar a intranquilizarse.

Y caían de nuevo en el silencio y en la quietud casi estática, y Juan no volvía.

—Qué se habrá hecho Juan, dijo ñor Felipe—será que Uds. todavía me están escondiendo algo?... María Santísima! Qué será la cosa?

—Nó, Dios nos libre, dijo ña Juana. Mirá Ramón, asomate a ver si viene.

—Nó. Ya se hubiera oído el perro... pero voy a ver... caramba, esto es una *baina!*

Eran ya cerca de las once y el ansia crecía, crecía por instantes; ya ña Juana estaba para estallar; una *tortilla* que había dejado sobre el comal era ya una braza, y todos pensaban en lo mismo, dentro de aquella dolorosa espera: «Qué se habrá hecho Juan?»

—La escopeta, dijo ña Juana, esa escopeta es mi pesadilla.

—Siempre estás pensando en eso, contestó el esposo, como si Juan fuera un hombre malo. Cualquiera que te oiga va a pensar quien sabe qué. Cuándo ha dicho Juan siquiera una ofensa?; siempre está callado, siempre triste.

—Sí, pero...

Ñor Felipe parecía no oir nada, estaba inmóvil, silencioso, solo de cuando en cuando, con el puño de la camisa, recogía alguna lágrima. Ya la madre no podía contenerse, buscó el baúl de Juan, allí estaba la ropa; salió a la puerta: caminó hasta un promontorio desde donde se divisaba el camino a lo lejos; volvió a la cocina, miró a su esposo, rezó multitud de padres nuestros, invocó a San Rafael que es guía de peregrinos, a San Juan Bautista que era su patrono, al santo del dia... y pasaba el tiempo, pasaba... Ya se agrupaban en el cielo gruesos nubarrones negros, no pasaría una hora sin llover, aquella oscuridad presagiaba una tormenta, y la pobre ña Juana veía todo aquello, acongojada y trémula; pensó en la montaña, en el río, en el barranco, hasta en alguna fiera, en un encuentro con el mal hombre que lo puso en desgracia, en todo, en todo y, más que nada, en aquella maldita escopeta.

VIII

ANDABA CAZANDO

Ya sabemos que Juan había salido muy de mañana con la escopeta al hombro; iba a cazar, aquel día habría poco qué hacer en casa y resolvió echarse a la montaña. Juan tomó a lo largo el senderillo acostumbrado, pero esta vez no se internó como siempre en el bosque cercano, sino que quiso ir más allá, era muy temprano y había tiempo de llegar a la montaña espesa. Dejando el sendero entró al camino real ancho y barrialoso, subió una cuestecilla y ya en lo alto estuvo contemplando un panorama exquisito; sobre todo, allá en la llanura próxima se veía la plateada serpiente de un riachuelo; era un lugar solitario y sombrio.

—Allí junto al agua y entre el bosque, debe haber *tepescuintes* pensó Juan, y llamando al amigo fiel, al perro, su

incansable compañero: ¡Tigre! ¡Tigre!, venga, comenzó a descender por una precipitada pendiente. La mañana era fresca, pareciera que el sol se hacía acariciante y lanzara suavemente sus rayos que apenas se sentían. Había Juan caminado unos veinte pasos cuando oyó una voz desconocida:

—Mire, mire, señor.

Juan se detuvo y retrocedió, sólo un seto vivo cruzado por alambres de púas separaba a los dos personajes.

—Buenos días amigo.

—Buenos días, señor. Perdone que le haya molestado. Ud. sabe a dónde vive por estos lados Juan Pereira?

—Juan Pereira? Yo soy... qué es la cosa? Y Ud. quién es?

—Yo soy Lico, el de ñor Pascual Soto.

—No lo conozco.

—No, ña Basilia me dijo que Ud. no lo conocía, pero que viniera a buscarlo, ella quiere hablar con Ud.

—Quién es ña Basilia? Y, qué quiere ña Basilia? A dónde vive?

—Vive en San Blas y quiere...

—San Blas...! No, yo no voy. Juan puso un gesto huraño en sus facciones.

—Mire, señor, ña Basilia es muy buena, es que ella quiere que Ud. se junte con Julia.

—Pero quién es ña Basilia? Por qué conoce a Julia? Por qué me manda a buscar? Qué tiene que meterse esa señora en mis cosas?

—Pero, mire, no se enoje, si ella es muy buena, me dijo que se lo llamara sin explicarle nada... pero... nada tiene: hace unos días que ña Basilia fué a conocer el chiquito de Julia, yo la he oído conversar con ñor Pascual, dice que Julia está muy arrepentida y llora mucho, dice que quiere volver al camino, y ña Basilia quiere hablar con Ud.

Por la mente de Juan pasó una idea como un rayo, sus ojos brillaron, atravesó el seto que lo separaba de su compañero, lo tomó cariñosamente de un hombro y le dijo:

—Vos conocés la casa de Julia? Con ella vive ese don Mariano?

—Nó, señor, don Mariano ya casi no llega a la finca y cuando llega es a la casa grande; a Julia la tiene en otra casita, ya casi no la ve...

—Sin vergüenza! Bueno, pues... yo no me junto con Julia. Pero vamos a ver qué quiere ña Basilia, con una condición: primero me llevás a la finca de ese...

—Um... es que Ud., con escopeta...

—No tengás miedo, esto no es nada, vamos y me llevás a la finca, te prometo no hacer nada malo. Vamos, vamos... Talvez me traigo a Julia... Talvez vamos donde ña Basilia. Cómo es el chiquito? Vos lo conocés?

—No, señor, yo llevé a ña Basilia el día que fué a donde Julia pero yo no entré, dice ña Basilia que es muy bonito y así... grandísimo y gordo.

—Vamos, vamos ligero. . . Mirá, me ayudás en una cosa...

—Es que Ud... es una baina, de pronto Ud. se va a pasear en don Mariano, y es una baina. . . yo no me meto en eso...

—Nó, hombre, no. Ya vas a ver que no hago nada malo. Si, me ayudás, pero caminemos, caminemos ligero... Es muy largo?

—Unas dos horas de aquí a paso regular.

Pues, andando, caminemos, caminemos...

Y los dos trotaron por el largo camino barrialoso, y tras los dos el compañero fiel, Tigre, también trotaba alegre, alegre en la inconciencia de su destino. A ratos, Lico quería que fueran más despacio, pero Juan lo espoleaba con su grito: «Corramos, corramos». Tigre, la lengua a fuera corría, corria silencioso y jadeante. El sudor bañaba las frentes de Juan y Lico. Sobre el césped de un paredón descansaron un instante y luego continuaron la marcha.

—Por aquí, dijo Lico de pronto, abriendo un portón de hierro. Entraron; una amplia calle cruzaba un frondoso cafetal en flor, allí todo era aroma, ese aroma dulcemente exquisito de la flor del cafeto, entre un conjunto de refrescante verdura, aquellas flores blancas se apiñaban amorosamente como niñas que en inocente bandada esperan la primera comunión. La calle era sombreada, aquí el ancho parasol de las hojas de plátano, allá el frondoso *guavo*, mas allá el *poró* con sus espaditas de coral, daban a aquella senda su sabrosa frescura.

—Es tiempo de correr, dijo Juan.

—Vamos más despacito, ya vamos a llegar, respondió Lico.

Y Tigre, trotaba, trotaba silencioso y jadeante.

Lico abrió otro portón, dejaron la calle que atravesaba el cafetal y principiaron a cruzar una pradera, allí el sol parecía que rebotara contra el césped; sólo de cuando en cuando el diminuto oasis de un *higuerón* daba asilo de sombra al ganado que se apiñaba en torno suyo. Los caminantes se detuvieron. Juan escrntó el horizonte y, ante el temor palpitante de Lico, acarició la escopeta como si fuera un ser querido.

—Ya vamos a llegar?

—Si, señor, allí después de este potrero hay un bosquecito y al otro lado están las casas; mire aquel humo que se ve allá, es de la casa de don Mariano.

—Y la casa de Julia?

—Esa queda más en el bajo, acá cerca del bosquecito.

—Tigre, calla... ahora vamos despacio...

—Cuidado con una baina; yo no quiero meterme en una baina.

—Nó, hombre, no tengás miedo... ayudame... despacito, ahora despacito.

Comenzaron a cruzar el bosquecillo. Trigre quería correr, pero Juan lo llamaba y acariciaba: «Tigre, quieto, calla, Tigre» y Tigre se arrastraba humildemente por el suelo frotando con sus flancos los pies del amo.

—Mire, mire, esa blanca, con un corredorcito a un lado es la casa de Julia, dijo Lico, señalando por entre los troncos. Pero cuidado, yo no me quiero meter en nada...

—Bueno, ahora... Trigre, échese, quieto Tigre... ahora me vas a ayudar... vas a la casa de Julia y le decis que ya Basilia la llama y la está esperando en cualquier parte.

—Um... es que es una baina.

—Dejate de cosas... me quiero juntar con Julia... pero haceme caso, andá.

—Trae cargada la escopeta?

—No hombre, no tengas miedo... Mirá, aquí tengo los tiros en la bolsa; andá, andá pero ligero, eso sí, cuidado con decirle a Julia que yo estoy aquí.

Lico indeciso echó a andar por un estrecho sendero, mirando hacia atrás de cuando en cuando para espiar a Juan, y atisbando la actitud de éste; iba temeroso. Qué resultaría de aquello?

Lico entró en casa de Julia. El corazón de Juan saltaba, estaba ese corazón jadeante como Tigre, y Juan no quitaba los ojos de la puerta. De pronto, de reojo, vió dos personas que pasaban cerca de la casa; clavó en ellas la mirada, una era don Mariano. En ese momento salían Julia y Lico.

—Tigre, calla, quieto, Tigre, dijo Juan y avanzó pausadamente;

Julia se había alejado con Lico hacia el lado opuesto, pero don Mariano y su compañero conversaban allí frente a la casa.

Juan avanzó otro trecho, levantó la escopeta que había cargado y monologó: «Has de pagarla, porque el Señor dijo: no desearás la mujer de tu prójimo», alzó el gatillo, hizo puntería, y siempre monologando, dijo resueltamente: pero también dijo el Señor: «No matarás». Dejó caer la escopeta con un ademán de desaliento, movió nerviosamente la cabeza, atisbó y, de pronto:

—Tigre, cú... cú... allí Tigre.

Un ladrido seco, rápido, llenó el bosquecillo de ecos y Tigre como un rayo se lanzó sobre los dos hombres; aquel humilde lebrel estaba feroz, de lejos se veían sus dientes como si por instantes se afilaran cada vez más. Don Mariano y su compañero quisieron defenderse, pero el perro ya había agarrado una pierna del otro personaje y hacía intento de lanzarse sobre el finquero. Hubo un momento desconcertante y

ambos huyeron, pensando que Tigre dejaría de perseguirlos. Don Mariano se sujetaba sobre la baranda de una casita, su compañero había desaparecido y Tigre, feróz, saltaba amenazante sobre don Mariano. En este momento Juan salía como un rayo de la casa de Julia; al salir cayó la escopeta, sus brazos sujetaban un bulto envuelto en un lienzo.

Juan tomo el senderillo del bosque, y gritó: «Tigre, venga, Tigre:

El fiel animal abandonó a don Mariano para seguir a su dueño y cuando el finquero se vió libre corrió hacia la escopeta gritando: «Un ladrón... Un bandido...»

Juan oyó ese grito y se detuvo. Miró hacia don Mariano con ojos feroces, por entre los troncos. Tigre retrocedió un poco y se oyó un disparo. Juan miró su carga y corrió de nuevo, pero ya Tigre no lo seguía, arrastrándose, arrastrándose y dejando una huella de sangre, fué ganando el sendero, bajo los árboles del bosque.

A los gritos de don Mariano se habían reunido varios peones y cuando intentaban internarse en el bosquecillo para perseguir al bandido los alcanzaron Julia y Lico jadeantes.

—Qué es, qué es, clamó la muchacha pálida y convulsa.

—Un ladrón... Un bandido... contestó don Mariano pretendiendo continuar el avance con los suyos, pero Julia lo sujetó de un brazo diciendo:

—No.. No... no es un bandido, es... Juan.

—Juan?

Don Mariano quedó inmóvil como una estatua.

—Si, señor, dijo Lico, es Juan Pereira.

IX

OTRA VISITA

—Ahora sí corrés, ahora sí... desde temprano te lo dije. Juan nunca tarda tanto, a mi nadie me hace caso y lo que yo pienso siempre sale cierto. La escopeta! Te acordás, Ramón, tanto que te dije de esa escopeta, decía ña Juana, ya casi enloquecida en la previsión de una tragedia.

Ñor Ramón ya también comenzaba a hacer disparates.

—Pero mujer, ya está, no me *calentés*. Vengo desde el bosque, allí no está Juan, allí no está Tigre, no se ven huellas, no hay rastro ninguno.

—Yo también he buscado por todas partes y no está. Carambas, yo soy de *mal agüero*. Pobre Juan... Ah, Julia más loca! El Señor nos proteja. Clamaba ñor Felipe.

Ñor Ramón salió a la puerta y buscó el sol en el cielo.

—Ya es la una, dijo.

—La una. María Santísima... meniate, Ramón, buscá a Juan. A las nueve o las diez siempre está aquí. Pobrecito, a saber si estará caído en algún barranco, pero... nó, no que vá... la escopeta, ya verás Ramón, bastante te lo dije.

Y aquella angustia crecía; ya corrían al otero del frente y con la mano sobre las cejas escrutaban el horizonte; ya clamaban, ya reñían, ya lloraba. Todos pensaban en lo mismo y nadie estaba de acuerdo con nadie. El cielo se oscurecía más a cada instante, de cuando en cuando, uno que otro trueno hacía estremecerse aquellos corazones.

—Ah, mi hijo, si te habrán matado! Si habrás matado!, gritó ña Juana en el máximun de su desesperación, y con ayes lastimeros fué a tirarse en la cama de cedro. Los dos varones ya no se tenían en pie; habían corrido por todos lados y comenzaban a sentirse tan nerviosos como ña Juana.

Asi, llorosa y todo, se lanzó la madre nuevamente a la puerta, y recostada al marco parecía esperar; sinembargo, no tenía confianza en un regreso pronto porque Tigre avisaba siempre con un cuarto de hora de anticipación la llegada de Juan, cuando, moviendo el rabo y saltando, llegaba el primero después de la caza. No obstante allí estaba la madre atisbando y aguzando la vista torpe, quieta, silenciosa, mientras de cuando en cuando se oía un suspiro de los padres que meditaban sin saber qué hacer.

De pronto, ña Juana fuera de sí, lanzó un grito:

—Juan... Sí, sí es él... Juan... Juan..., y clavó la mirada en el sendero que se deslizaba a lo lejos. ¡Ramón, Felipe, allá viene Juan!

Los dos hombres se vinieron a la puerta y aquellos seis ojos ávidos y llorosos, un poco plegados, bajo la sombra de las manos, se clavaron a lo lejos. Allá comenzando el sendero corría un hombre.

—No es, no es—dijo ñor Ramón—no es, vendría con Tigre.

Parece que viene con algo entre los brazos, añadió ñor Felipe.

—Sí es, sí es—gritó casi frenética la madre; viene corriendo, María Santísima, qué será? El Señor lo ampare.

El hombre lejano se acercaba, de pronto se perdió en una hondonada y cuando apareció de nuevo en un recodo de lo alto, los tres ansiosos personajes dijeron en coro:

—Sí es, es Juan...

El corazón de ña Juana saltaba, y a los compañeros les había vuelto el alma al cuerpo. Por lo menos estaba vivo!

Ña Juana avanzó al encuentro del hijo que no detenía su trotar pausado, y cuando estuvieron cerca, hablaron, ella sollozante, él ahogándose por la fatiga.

—Pero, qué le pasa hijo, por qué corre?

—Aquí lo traigo, aquí lo traigo.

Se vieron frente a frente, pero Juan rodeó la presencia de la madre y entró a la casa; al entrar su mirada y la de ñor Felipe se cruzaron.

—Eh, ñor Felipe.

—Sí, hijo, soy yo, qué te parece?

—Cielo Santo, qué será, el Señor nos bendiga y nos ampare, dijo para sí ña Juana, y casi corriendo siguió a Juan. Este todavía corriendo entró a la casa, puso su amable carga sobre la vieja cama de cedro y cayó al suelo...

***

Nadie hablaba. Ña Juana había separado el lienzo que cubría al niño, y éste lloraba, gritaba, lo mismo en ésta que en la cama de Julia. Juan repuesto y apenas sostenido en pie, sonreía, se enjugaba el sudor con un pañuelo a cuadros y jadeaba. Ña Juana temblorosa, ya besaba al niño, ya lo tomaba en sus brazos, ya lo dejaba sobre la cama, ya tocaba todo el cuerpo de Juan con mano escrutadora. Ñor Ramón no se daba aún cuenta de aquello, estaba anonadado, absorto; y ñor Felipe... ñor Felipe lloraba, lloraba, y fué el primero en romper el silencio:

—Y Julia?

—Allá quedó, dijo Juan.

Juan, Juan... sollozó el viejo acariciando las manos del muchacho perdónela Juan, ella, ella no es mala... esque...

Juan pareció no oir, y tomando al niño en brazos, lo besó, y tembloroso y aún jadeante dijo: «Sos mío, sos mío».

De pronto ñor Ramón pareció despertar.

Hombre Juan, dónde está Tigre?... y la escopeta?...

La escopeta qué sé yo... a Tigre creo que lo mataron.

Lo mataron? no digás eso...

A Tigre?, añadió ña Juana.

Ñor Felipe abrió los ojos como interrogando con ellos

Sí, continuó Juan, lo mató el tal don Mariano, y con mi escopeta. Ah, lástima Tigre, lástima mi perro. Mire tata, Tigre me salvó, por Tigre me traje al chiquito.

Los tres se apiñaron en torno de Juan, hábidos de sorpresas.

Yo le *atojé* el perro a don Mariano y mientras tanto me lo robé. Me lo robé, y es mío.

Y Julia?, clamó ñor Felipe.

Juan enmudeció. Juan y ñor Felipe se miraron a los ojos, mudos, estáticos y, comprendiéndose sus dos almas se compadecieron mutuamente.

De pronto lloró el niño. Ña Juana dijo: «Tiene hambre, voy a traerle algo», y Juan y Felipe se abrazaron sollozando. Ñor Felipe...!

Ay, Juan, hijo mío! Perdoná a Julia.

Juan, la cabeza sobre el hombro del viejo, enmudeció, parecía que el nombre de Julia fuera un conjuro de silencio.

Todo se quedó inmóvil; solo se oía el llanto del niño y un ruido de hojas secas en el solar de la casa. De pronto un aullido espantoso se mezcló con los gritos del recién nacido, y todos miraron a la puerta. Tigre, arrastrándose, triste la mirada, aullaba buscando al amo.

Es Tigre, es Tigre, dijo Juan: venga! venga!

El fiel animal avanzó arrastrándose hasta los pies de Juan.

Tigre, venga Tigre. No lo habían matado, qué dicha... pero está herido, pobrecito!

El animal hizo un supremo esfuerzo por acariciar con el hocico las manos de amo, lo miró como si de sus ojos manara una tormenta de dolor, tembló, lanzó un aullido espantoso; en los ojos de Juan asomaron las lágrimas, y el perro cayó muerto.




UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00028327506